

Itzáes: pérdida de lengua y etnicidad

JOSÉ ALEJOS GARCÍA

La pérdida de la lengua es uno de los problemas culturales más graves que enfrentan las sociedades indígenas contemporáneas, y por lo mismo, uno de los elementos críticos de la identidad étnica puesto a prueba, especialmente en el contexto de la globalización. En este artículo se discute el caso de los itzáes, un grupo maya de Petén, Guatemala, que se encuentra en una situación crítica respecto al abandono de su idioma y su identidad étnica. Una perspectiva dialógica permite escuchar opiniones itzáes, junto a opiniones externas de investigadores, en torno a este problema. Se discute la influencia de capitales y agencias occidentales como factor decisivo del cambio cultural, pero asimismo, se señalan las actuales posibilidades de revertir el proceso.

¿Muerte de lengua, muerte étnica?

Al visitar el selvático departamento de Petén, en Guatemala, encontramos que los indígenas mayas de la etnia itzá ocupan un lugar muy importante en su historia y cultura, así como en el actual imaginario social y en el discurso turístico, tan caro a la economía regional. Sin embargo, como veremos, su situación lingüística y étnica contrasta dramáticamente con lo anterior. Por un lado, la historia nos dice que los itzáes son aquel enigmático y aguerrido pueblo maya que, a pesar del hostigamiento colonial, logró mantenerse como una nación independiente hasta 1697, fecha en que fuera derrotado militarmente por los ejércitos españoles. A pesar de esa tardía conquista, posteriormente los itzáes continuaron viviendo en el corazón de la selva petenera, y su relativo aislamiento respecto a la sociedad colonial les permitió recrear en cierta medida su cultura nativa. Un acercamiento a la región central de Petén nos muestra que, en efecto, la lengua maya itzá nom-

bra mucho de aquel entorno natural, geográfico y cultural. Los peteneros, indígenas y no indígenas, comparten una vasta nomenclatura autóctona de plantas, animales, lugares, poblados. La abundancia de los préstamos provenientes del itzá en el español regional es un hecho que pone de manifiesto la histórica fuerza de este idioma maya, de manera similar a lo que ocurre con el español hablado en la península de Yucatán.¹ Asimismo, esa importante influencia lingüística de los itzáes se ve reflejada en la agricultura tradicional, ya que los campesinos de otras partes de Guatemala que han migrado a la selva han incorporado, junto a la nomenclatura del entorno, prácticas agrícolas y formas de vida de los indígenas peteneros, aspectos indispensables para su adaptación a ese medio selvático. En breve, esto quiere decir que en los migrantes campesinos a Petén se produce, como en antaño ocurrió con criollos y ladinos, un interesante fenómeno de “mayanización”, como parte de su adaptación al nuevo ambiente natural y social.²

Sin embargo, también ocurre que cuando el visitante trata de encontrar a la gente itzá contemporánea, descubre con desconuelo que ésta parece limitarse a los habitantes de un pequeño pueblo llamado San José, en la ribera norte del lago Petén Itzá, la mayoría de los cuales ya no hablan su idioma original; muchos incluso no se reconocen a sí mismos como indígenas mayas. Es más, al consultar los estudios antropológicos y lingüísticos especializados vemos que los investigadores han declarado a los itzáes como un grupo en vías de extinción, al igual que su lengua.³ Las instituciones de gobierno y otras no gubernamentales (ONGs) que trabajan con asuntos indígenas, como la Academia de las Lenguas Mayas de Guatemala (ALMG), asumen a éstos como una etnia en situación “especial”, debido a su acelerada pérdida de la lengua y a su grado de aculturación.

Este sombrío escenario despierta una serie de interrogantes: ¿qué ha ocurrido para que los itzáes hayan abandonado en gran medida su lengua y cultura originales?; ¿por qué, mientras en el presente otros hermanos mayas muestran una fortaleza cultural y una conservación de su lengua, ellos parecen haber elegido un camino divergente?; ¿qué piensan ellos mismos acerca de estos cambios en curso? Y a fin de cuentas, ¿qué puede mostrarnos su crítica situación respecto a otros grupos indígenas, que en mayor o menor medida experimentan procesos similares?

Un buen método para aproximarnos a este fenómeno de pérdida de lengua y de cambio cultural consiste en un tipo de investigación etnográfica de orientación dialógica, en donde al tratar los problemas en cuestión, las voces de los mismos pobladores puedan ser escuchadas con claridad, en sus propios términos, y en un mismo plano respecto a la diversidad de voces “externas”, incluyendo la del investigador. Más adelante, estas opiniones y puntos de vista nativos, deben ser puestos en relación con otras voces, con otras fuentes documentales, como las fuentes bibliográficas y la propia observación etnográfica. Esta perspectiva dialógica, centrada en el proceso interdiscur-

sivo, busca superar la frecuente univocidad de los escritos académicos en ciencias sociales, donde la opinión *autorizada* de los especialistas comporta un enorme poder, en ocasiones absoluto, y en donde las voces nativas se apagan, o en caso de aparecer, lo hacen en lugares subordinados al discurso autorial, sea como un apoyo argumental o en forma de citas ilustrativas o de anécdotas, cuyo papel se reduce al de simples viñetas frente al discurso científico. Así pues, teniendo en cuenta estos señalamientos y a pesar de la brevedad de la presente comunicación, en adelante intentaré poner en práctica esta perspectiva dialógica al tema que nos ocupa.

En mis recientes visitas etnográficas al pueblo de San José, en Petén, efectuadas como parte de una investigación sobre “discursos de identidad en Guatemala”, he tenido la fortuna de conocer personas con experiencias de vida y conocimientos muy valiosos; algunas muy jóvenes, otras ya ancianas, cuyos saberes, historias de vida y amistad están influyendo fuertemente en mi trabajo, tanto por los conocimientos y apreciaciones que me han transmitido como por los compromisos y responsabilidades derivados de nuestra relación. Ha sido gracias a su hospitalidad y gentileza, al permitirme vivir temporalmente en su pueblo y en sus hogares, pero también a su propio interés en los temas de mi estudio, como he podido ir aprendiendo y entendiendo aspectos importantes de los procesos sociales y culturales en curso, de los que ellos mismos son actores protagónicos. Este aprendizaje se ha dado fundamentalmente en contextos de conversaciones espontáneas, ocurridas en encuentros en la calle, en viajes de lancha en las cotidianas travesías por el lago, o en alguna visita informal. Ha sido de esa manera como nos hemos ido conociendo mutuamente, y así hemos ido construyendo una relación de diálogo en donde, entre otras cosas, hemos intercambiado opiniones y discutido sobre una diversidad de tópicos, incluyendo el evidente abandono de su idioma y cultura. Cabe señalar que luego de muchos de estos encuentros, algunos amigos sanjoseños me han permitido grabar conversaciones de espe-

cial interés, “para evitar que esas palabras se pierdan en el olvido”, y para que el registro de esos textos posibilite un estudio posterior.

Una de las personas esclarecidas con quienes he tenido el privilegio de conversar ha sido el octogenario don Domingo Chayah, un anciano nativo del pueblo de San José, poseedor de un reconocimiento y admiración que rebasan ampliamente las fronteras de su comunidad.⁴ En su pueblo, él es considerado uno de los bastiones de la cultura antigua, por su versatilidad para leer y escribir el itzá, y por su papel como “sacerdote maya” encargado de una serie de actos ceremoniales y religiosos locales. Don Domingo es también un portavoz de su comunidad frente a los visitantes foráneos que llegan al pueblo por intereses antropológicos, lingüísticos y botánicos, principalmente. Por décadas, él ha trabajado con una diversidad de investigadores y estudiantes mayistas, de manera que su propia visión se ha ido construyendo a través de ese diálogo con aquellos. No es extraño entonces que, como uno más de esos visitantes, él se haya vuelto uno de mis principales interlocutores en San José. Sin duda, cada visitante ha orientado esa relación con don Domingo de acuerdo a sus particulares interrogantes y modalidades de investigación; en mi caso, he establecido una relación de amistad con don Domingo, cultivada en encuentros informales, en conversaciones casuales donde hemos abordado, entre otros asuntos, los cambios culturales que en la actualidad atraviesa su gente.

En esas pláticas ocasionales con don Domingo encuentro elementos clave para la comprensión del problema. Veamos algunos de ellos. Por un lado, en el recuento de un pasado del cual él es testigo, es decir, en sus testimonios orales, aparecen constantemente marcadores de su visión del mundo y de los acontecimientos que han determinado el devenir de su gente. Un marcador temporal axiológico en su discurso histórico es la aparición de la industria extractiva del chicle, la savia del árbol de chicozapote, que desde los antiguos mayas se aprovecha como goma de mascar. “La chiclería”, como se le conoce en la re-

gión, iniciada hace poco más de un siglo, produjo toda una revolución en la vida de los peteneros, al introducirlos de lleno en una economía capitalista de enclave, consistente en la extracción de materias primas silvestres para su procesamiento y comercialización en el extranjero. Para don Domingo, y seguramente para una gran mayoría de peteneros, ese acontecimiento es considerado como algo positivo para su pueblo y para Petén en general, pues trajo consigo trabajo y riqueza. Por seis meses del año, durante la temporada de lluvias, la mayoría de la población se dedicaba, directa o indirectamente a diversas actividades relacionadas con la chiclería. El “pisto”, como se llama al dinero en Guatemala, llegó a manos llenas, alterando radicalmente las anteriores formas de vida de la población, en especial la de los campesinos indígenas. El chiclero, cuenta don Domingo, “gasta mucho pisto, se dio gusto en su vida, paseó, se vistió, chupó”.⁵ En Petén se recuerda con un tono de melancolía que en antaño los chicleros “no pedían vuelto”, es decir, que en sus compras pagaban con billetes (dólares estadounidenses) sin esperar el cambio. Gastar a manos llenas, comprar mercancías de importación, tener dinero para diversiones, para acceder a los placeres kaxlanes.⁶

Otro aspecto clave del discurso histórico de don Domingo es su explicación del abandono del idioma itzá. Para él este fenómeno tiene una causa específica, es consecuencia de la decisión de un político, quien instigado por la maestra del pueblo, prohibió el uso de la lengua en la escuela y en lugares públicos. La amenaza de severas multas y otros castigos obligaron a los pobladores a no hablar a los niños en su lengua natal y a su abandono progresivo.⁷

La maya se suspendió en el año treinta y cinco, hasta el noventa y dos [...] por una maestra, y por un jefe político, que la maestra trabajaba aquí, años, pero no había nada, tenía como tres alumnos, pero sólo uno [...] y les cobraba mucho. De repente vino un inspector técnico, a ver cómo estaba, y vieron que no había nada, y al final la maestra, la maestra

era de Cobán, y el jefe político era de Cobán, eran paisanos y compadres. A ella para que no la destituyeran, fue con el compadre, a llorar, y el compadre se compadeció, le hizo la valentía a ella, transcribió un oficio aquí, al alcalde, llamando a todos los jefes de familia, que terminantemente, suprima (la lengua) [...] Y hasta que, aquel que se moleste los mande a castigar.

Esta historia del porqué se ha perdido la lengua maya en San José circula en el pueblo en forma de un relato de tradición oral, como lo ilustra la cita anterior. El argumento sobre *la causa* de esa pérdida es bien conocida entre los sanjoseños adultos, y suele emplearse como respuesta a la recurrente pregunta de los investigadores al respecto. Una versión de ese relato la encontramos en un folleto publicado recientemente por la sede local de la Academia de las Lenguas Mayas (2000), donde al tocar el tema del abandono de la lengua, se citan palabras de los abuelos en el mismo sentido: la culpa fue de la autoridad política departamental.

En nuestra conversación de diciembre de 1998, don Domingo estimaba que sólo alrededor de sesenta personas hablaban aún el itzá, ancianos en su mayoría. Lo más triste, comentaba, es que los jóvenes no muestran interés por aprenderlo, y los intentos por enseñarlo no han prosperado. Los únicos que realmente se interesan, dice, son los antropólogos. Es más, él sostiene que junto con el idioma se ha perdido "el respeto", como un valor cultural fundamental, respeto por los ancianos, respeto por la "madre naturaleza", respeto por Dios. Dice don Domingo:

¡Hay un cambio de la vida! Yo me doy cuenta. Anteriormente los hijos nunca jamás dejaron sus padres, sus madres, sus abuelos, siempre eran muy llegados a la familia. Lo principal, la familia. Había amor, había cariño, había ser llevadero, había el gran respeto entre ellos [...] Si aquel no tiene, aquel le da. Así era la vida antes. ¡Ja! Pero ahora pasan los estudiantes ante un viejo, que si más lo tumban, ni te dicen adiós, ¡qué cosa tan fea es!

Octubre de 1992, fecha emblemática para los indígenas americanos, marca en el discurso de don Domingo el inicio de una lucha personal y comunitaria por detener el deterioro cultural y recuperar los valores perdidos. Él cuenta que en esa fecha inició, junto a otros compañeros, una entusiasta campaña en favor de su cultura maya, basada principalmente en la organización de cursos de idioma itzá para los jóvenes del pueblo. Al inicio, dice, se contó con cierto entusiasmo y con una buena participación de los pobladores, pero más adelante decayó, al grado de que ya nadie quiso asistir a las clases, optándose por su clausura. Pero el establecimiento de una sede itzá de la Academia de las Lenguas Mayas en San José ha permitido dar continuidad a las actividades locales de rescate cultural. En la citada publicación de esa institución, se menciona como un antecedente educativo importante para fines de la década de los ochentas, ciertas "labores de enseñanza del idioma maya en la escuela oficial de la comunidad", emprendidas por una organización de "los abuelos", mismos que en 1992 participaron en la fundación de la sede de la Academia. Al parecer, esta última dio seguimiento a la iniciativa de "los abuelos", impartiendo cursos del idioma a los pobladores interesados. Asimismo, gracias a contar con un presupuesto económico, la Academia ha contratado personas interesadas en este rescate y promoción cultural, quienes aprovechando esa oportunidad se están formando de manera autodidacta como estudiosos de su propia cultura, dedicándose al estudio de la lengua, a su enseñanza en cursos locales, a la recopilación y publicación de tradiciones orales, así como a la promoción y recuperación de fiestas y ceremonias, algunas de las cuales se encontraban extintas.⁸ Sin embargo, don Domingo señala que un problema de fondo es que estos jóvenes realmente no conocen el idioma como para ser maestros del mismo, y su contratación ha desplazado a los ancianos como él de esa misión educativa. De allí que él se muestre desconsolado y pesimista respecto a la recuperación efectiva de la lengua.

Comentarios desde la exterioridad

En la cultura, la extraposición viene a ser el instrumento más poderoso de la comprensión. La cultura ajena se manifiesta más completa y profundamente sólo a los ojos de *otra* cultura (pero aún no en toda su plenitud, porque aparecerán otras culturas que verán y comprenderán aún más). Un sentido descubre sus profundidades al encontrarse y al tocarse con otro sentido, un sentido ajeno: entre ellos se establece una suerte de diálogo [...] Planteamos a la cultura ajena nuevas preguntas que ella no se había planteado [...]⁹

Me gustaría continuar desplegando esas reveladoras palabras de don Domingo. Sus conocimientos de la herbolaria selvática, sus recuerdos del saqueo arqueológico efectuado por los gringos, su pesar por la devastación ecológica de Petén, y tantas cosas más. Pero debo detenerme aquí, y siguiendo la propuesta metodológica de Bajtín, tratar de establecer un diálogo con los itzáes a través de mi extraposición respecto de su historia y cultura. Será, por el carácter de esta comunicación, un ejercicio muy elemental, pero que espero contribuya a un mejor entendimiento del problema que nos ocupa.

Los itzáes, o *brujos del agua*, como se traduce su enigmático gentilicio, ilustran con su historia y su situación actual el carácter de fondo de la relación de la cultura occidental con los pueblos indígenas de América. Ha sido una relación de una profunda desigualdad, de dominación y explotación, donde los indígenas han llevado la peor parte. Un pueblo cuyo desarrollo civilizatorio quedó truncado con la invasión y colonización españolas, y posteriormente con el dominio del Estado republicano guatemalteco. Ha sido una historia de constantes luchas y negociaciones con el poder estatal en turno. Como resultado de ese largo proceso de relaciones políticas con “el exterior”, los itzáes han sobrellevado fuertes cambios en su forma de vida, en donde los “visitantes forasteros” han jugado un papel decisivo. La presencia de esa pluralidad de *otros* étnicos, particularmente de la gente, intereses y capitales de ori-

gen europeo y estadounidense, ha tenido un peso cada vez más influyente, más decisivo, en su identidad y en el destino de su territorio, la selva petenera.

Aquella autonomía histórica y aparente fortaleza cultural de los itzáes, fundadas en el aislamiento de la selva, más que en un largo contacto y trato con los kaxlanes, no soportaron la repentina invasión del gran capital, de las compañías chicleras y madereras primero, y de la guerra civil y del turismo masivo después. A diferencia de otros pueblos mayas, que contaron con un largo tiempo para elaborar respuestas a las presiones de la sociedad y cultura dominantes, los itzáes pasaron de su anterior estado de autonomía al de obreros asalariados al servicio de las compañías extranjeras, de su vida comunitaria a los largos periodos de convivencia en las monterías de la selva con gente de diversos horizontes étnicos, donde el español era la lengua franca. Posteriormente, la migración de gente originaria de otras regiones del país y del extranjero, los ha privado de su sentido de territorialidad, quedando como una especie de isla, rodeada de gente extraña, agresiva, y en donde de nuevo, el español es la lengua franca. El largo conflicto bélico, recientemente concluido, también provocó cambios severos, particularmente en la vida de la población masculina. Hoy en día, es la globalización de Petén, en su modalidad de una economía orientada al turismo internacional, la que está provocando los cambios más intensos, no sólo entre los itzáes, sino entre la población de todo el Departamento. Podría decirse que a los itzáes, la modernidad se les ha venido encima, y su posición para enfrentarla es una de gran desventaja y debilidad. Desde su posición subordinada, su opción ha sido la de cambiar rápidamente, despojándose de los rasgos culturales que no les ayudan a responder a los retos del presente.

En este marco global, aquella visión “feliz” de los itzáes acerca de su anterior vida de chicleros, expresada en voz de don Domingo, conserva algo de su vigencia, pues en efecto, la chiclería trajo consigo una bonanza económica. Sin embargo, visto desde afuera, puede decirse que la chiclería



fue también el inicio de un cambio cultural en donde las pérdidas superan a lo ganado. El pisto, como el oro para los antiguos conquistadores, se convirtió en un objeto central de sus vidas, distanciándolos de su cultura tradicional, de sus prácticas agrícolas, de su territorio, y provocando una adopción del idioma español y una primera subvaloración del idioma itzá por los propios hablantes. La prohibición de aquel jefe político no habría tenido el mismo efecto si los itzáes no hubiesen estado involucrados en una economía extractiva que los alejaba de sus comunidades y su agricultura, que les hacía necesario un dominio del idioma español.

El desprestigio de los idiomas indígenas, vivido en carne propia por los mismos indígenas, es hoy en día un factor determinante que impide el éxito de los proyectos de revitalización de la lengua.¹⁰ Considero que en realidad, mientras la posición socioeconómica y política de los hablantes siga igual, o empeore, es difícil que éstos valoren positivamente su lengua materna, sobre todo como un recurso de movilidad social, como sí lo ofrece, por cierto, la lengua de prestigio, que en lugares turísticos como Petén, ya no es el español sino el inglés. Así, entre los mismos peteneros se observa un tipo de discriminación basado en distinciones dialectales del español. A los sanjoseños, a pesar de ser hispanohablantes, sus vecinos siguen considerándolos “indios” debido a su habla “pujada”, es decir, con un acento propio del idioma maya, y por ciertas discordancias, comunes en hablantes de lenguas que como las mayenses, no emplean marcas gramaticales de género.

Quizás el caso de los empleados de la sede itzá de la Academia de las Lenguas Mayas sea ilustrativo, en el sentido que la oferta salarial estable se vuelve un incentivo para el estudio y promoción de su lengua nativa. En el mismo sentido, considero que el esfuerzo inicial de la enseñanza del itzá tendría mejores resultados al efectuarse en el exterior de la comunidad, entre individuos para quienes, paradójicamente, el itzá puede ser una lengua de prestigio, como es el caso de los universitarios peteneros, los guías y empresarios de tu-

risimo, o los mismos turistas. La valoración de lo propio por parte del otro, como bien argumenta la teoría bajtiniana, puede lograr lo que no se ha podido desde la mismidad, desde la interioridad de la cultura. El momento es oportuno, pues Guatemala, así como ocurre a muchos otros países pluriétnicos y multilingües, vive una coyuntura histórica donde las identidades étnicas indígenas finalmente parecen poder ocupar un lugar digno en la construcción de una nueva nación para el futuro.

Notas

¹ El itzá y el mopán, hablados en Petén, son idiomas hermanados con el maya yucateco, al grado de ser en cierta medida inteligibles entre sí. Esa cercanía se comparte con el idioma hablado por los lacandones en Chiapas, quienes hacia principios del siglo XX aún vivían en las colindantes selvas peteneras (Domingo Chayax, comunicación personal. Véase también Virgilio Rodríguez Macal, *Guayacán* y Otto Schumann Gálvez, *Introducción al maya Mopán*).

² Al respecto, véase José Alejos García, “Rituales de lluvia en San José”, en *Revista Petén Itzá* y Norman Schwartz, “Reprivatización y privación: sistemas tradicional y contemporáneo de tenencia de la tierra en el Petén, Guatemala”, en *Mesoamérica*, p. 218.

³ Cf. Charles Hofling, *Itza' Maya Texts*; Schumann (1992), José María Soza, *Pequeña monografía de El Petén*, p. 44.

⁴ Por cerca de cuatro décadas, don Domingo ha sido “informante” de una larga lista de gente llegada a “investigar a los itzáes”, su lengua, cultura, etnobotánica, etcétera.

⁵ En Guatemala, “chupar” significa beber aguardiente, especialmente si se bebe con frecuencia.

⁶ *Kaxlan* es una palabra derivada de “castellano”, que nombra en varias lenguas mayas a una otredad genérica, al extranjero, al hombre blanco, al occidental y a su cultura.

⁷ En su historia social de Petén, Schwartz hacer referencia a una orden del gobernador del *Departamento* en 1930, prohibiendo el uso de la lengua maya “en público y en la escuela” (N. Schwartz, *Forest Society. A Social History of Petén, Guatemala*, p. 212).

⁸ Véase mi artículo “Rituales de lluvia en San José”, en *op. cit.*, pp. 3-8.

⁹ Mijaíl Bajtín, *Estética de la creación verbal*, p. 352.

¹⁰ Este problema lo he considerado en un trabajo anterior, relativo a la educación escolar en el norte de

Chiapas en un contexto de cambio político (J. Alejos García y Elisabeth Berniers, "Transformación política y cambio verbal: la reforma agraria en Chiapas, un ejemplo", en Beatriz Garza Cuarón, ed., *Políticas lingüísticas en México*).

Referencias

Academia de las Lenguas Mayas de Guatemala, "Comunidad Lingüística Itza' *Ixtutzil*", folleto, 2000.
 Alejos García, José, "Rituales de lluvia en San José", en *Revista Petén Itzá*, 41, 2000, pp. 3-8.
 Alejos García, José, "Ecología, migración y mestizaje en El Petén, Guatemala", manuscrito, 2000.
 Alejos García, José y Elisabeth Berniers, "Transformación política y cambio verbal: la reforma agraria en Chiapas, un ejemplo", en Beatriz Garza Cuarón, ed., *Políticas lingüísticas en México*. México, La Jornada Ediciones/UNAM, 1997, pp. 95-108.
 Bajtín, Mijail, *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI, 1997.
 Bonfil Batalla, Guillermo, "La teoría del control cultural en el estudio de los procesos étnicos", en *Acta Sociológica*, núm. 18, México, UNAM, 1996, pp. 11-54.
 CARE, *Manual de Comunidades de Petén, Guatemala*, CARE/Cooperación Austriaca para el Desarrollo, 1999.
 Hofling, Charles, *Itza' Maya Texts*. Salt Lake City, Universidad de Utah, 1991.

Hofling, Charles y Félix Fernando Tesucún, *Itzaj Maya-Spanish-English Dictionary. Diccionario Maya Itzaj-Español-Inglés*. Salt Lake City, Universidad de Utah, 1997.
 Jones, Grant, *The Conquest of the Last Maya Kingdom*. Stanford, Universidad de Standford, 1998.
 Restall, Matthew, "Los 'conquistadores mayas' de nuestros días: idioma y conflicto étnico en Yucatán y Petén", en *Mesoamérica*, 37, 1999, pp. 213-223.
 Rodríguez Macal, Virgilio, *Guayacán*. Guatemala, Editorial Piedra Santa, 1999 (1953).
 Schumann Gálvez, Otto, *Descripción estructural del maya itzá del Petén, Guatemala*. México, UNAM, 1971.
 Schumann Gálvez, Otto, *Introducción al maya Mopán*. Mexico, UNAM, 1997.
 Schwartz, Norman, "Assimilation and Acculturation: Aspects of Ethnicity in a Guatemalan Town", en *Ethnology*, vol. x, núm. 3, 1971, pp. 291-310.
 Schwartz, Norman, *Forest Society. A Social History of Petén, Guatemala*. Filadelfia, Universidad de Pennsylvania, 1992.
 Schwartz, Norman, "Reprivatización y privación: sistemas tradicional y contemporáneo de tenencia de la tierra en el Petén, Guatemala", en *Mesoamérica*, vol. 29, 1995, pp. 215-232.
 Soza, José María, *Pequeña monografía del Petén*. Guatemala, Editorial del Ministerio de Educación Pública, 1957.